

# „MI FAMILIA” Y OTROS MONSTRUOS,”

Francesc Gisbert

Dibujos de César Barceló  
Traducción de Purificació  
Mascarell





## 1. Más pobres que las ratas del desierto

Cuando mi padre empezó a repetirlo, una y otra vez, intuí que no debía de ser nada bueno: «Somos más pobres que las ratas del desierto». La primera vez que lo escuché, no entendí las implicaciones totales de la expresión. Más tarde, a fuerza de regresar a ella tantas veces, en los momentos de desesperación, deduje su significado. Nosotros siempre habíamos sido una familia más bien pobre. Vivíamos en un edificio del año de la polca. Y allí arriba, en un séptimo piso, sin ascensor, diminuto como una caja de zapatos y con las paredes llenas de jirones. En aquel piso nos amontonábamos toda la familia: mis padres, mi

hermano pequeño, de seis años, la abuela Gertrudis, de noventa, y Simba, nuestro perro, de edad indeterminada.

Nosotros, peor que mejor, íbamos rehaciendo y apedazando, como se suele decir. Pero como la felicidad no dura eternamente, un buen día llegaron unos señores muy bien vestidos. Estos señores muy bien vestidos dijeron que eran funcionarios del ayuntamiento, arquitectos o algo por el estilo: nos informaron, educadamente, de que la casa tenía demasiados años y demasiados achaques, y que amenazaba ruina. Yo no entendí nada. Porque la abuela Gertrudis también era vieja, con más años y más achaques de los que ella querría y, como murmuraba mi padre, no existía manera de tumbarla. El caso es que, poco después, tuvimos que dejar nuestro piso. Trajeron unas máquinas muy grandes y ruidosas que lo derribaron en un pispás, en medio de una nube de polvo y un infierno de estruendos.

Aparte del piso, lo único que teníamos era una furgoneta. Mis padres trabajaban cuando podían de vendedores ambulantes. En invierno vendían ropa por diferentes mercados y, en verano, fruta y refrescos por las playas. Cargaban la furgoneta y se iban a la aventura por pueblos y mercados. Nos dejaban solos con la abuela, para que nos cuidara. Pero como la abuela era mayor y chocheaba,



porque de vivir y rodar tanto la gente se desgasta, éramos nosotros quienes debíamos cuidarla a ella.

Total, que nos echaron de la casa donde vivíamos, porque decían que estaba en ruinas y querían construir una nueva. Yo, al principio, me puse más contenta que unas castañuelas:



-Abuela, cuando construyan la casa nueva, ¿nos darán un piso?

-No, Rut. Los venderán a quien los pueda pagar.

-¿Y nosotros no los podemos pagar?

-No.

-¿Por qué?

-Porque somos más pobres que las ratas.

-Y entonces, ¿dónde iremos a vivir?

Llegados a este punto, la abuela prefirió no contestar directamente. Levantó las manos al cielo, se encogió de hombros y dio a entender que el destino proveería. El huracán destino no abrió la boca. Los que sí debatieron mucho, para decidir nuestra suerte, fueron mis padres:

-No tenemos dinero para comprarnos una casa ni para alquilar una. Pero no pasa nada. Todavía nos queda algo. Tenemos la furgoneta.

Papá lo soltó con orgullo, para darnos a entender que no debíamos sentirnos totalmente perdidos. Como la furgoneta era lo único que nos quedaba, nos tuvimos que meter dentro a vivir. Estuvimos una temporada haciendo vida sobre cuatro ruedas. Acostumbrábamos a ir de pueblo en pueblo a montar la tienda ambulante. Al principio lo encontraba divertido. Coincidió con las vacaciones de verano del colegio. Pensé que por primera



vez nos iríamos a algún sitio, en vez de tomar el sol y el baño en la azotea de casa. En aquel tonel que mi padre llenaba de agua y rodeaba de macetas para hacernos creer que nadábamos en las playas paradisíacas de una isla desierta.

El problema es que la furgoneta era pequeña y, cuando la cargábamos, casi no cabíamos de pie. El género lo teníamos que meter dentro, bien apilado en cajas. Y fuera, sobre la baca, colocábamos los colchones y una pila de sillas plegables que habíamos decidido salvar de las excavadoras. De noche, buscábamos algún descampado, por las afueras o cerca de la carretera. Y, si hacía buena temperatura, disponíamos el campamento de colchones y dormíamos al raso, protegidos por algún ribazo o algún pinar. Y si comenzaba a hacer frío o llovía, nos embutíamos en la furgoneta lo mejor que sabíamos. De tan juntos y apretujados que teníamos que estar, nadie pasaba frío.

El mayor quebradero de cabeza lo teníamos cuando íbamos «a cargar». En esos momentos teníamos que hacer milagros para introducirlo todo. Afortunadamente, como siempre habíamos vivido en la estrechez, ya estábamos acostumbrados. Sabíamos afrontar las dificultades, aunque fuera a golpes y porrazos.

Fue en uno de nuestros desplazamientos cuando la encontramos. Aquella noche habíamos ido «a cargar». Papá denominaba de esta forma al hecho de meter el género en la furgoneta. El procedimiento que seguíamos era simple, pero un poco singular para los no iniciados en la materia. Nos acercábamos a algún campo de melocotones, albaricoques o cerezas, según la época. Entonces, deteníamos la furgoneta, bajábamos y comenzábamos a llenar las cajas. La operación debía ejecutarse con la máxima celeridad y discreción, a oscuras y lo más silenciosos posible. Yo, como tantas otras cosas, no entendía ni jota. Afortunadamente, mi padre lo explicaba, con su peculiar manera de hacernos sentir mejor, a mi hermano y a mí:

-Papá, ¿por qué venimos de noche, cuando no hay nadie en el campo?

-Hija mía... Porque, si viniéramos de día, molestaríamos a los amos cuando trabajan.

-Papá, ¿y por qué vamos con tantas prisas y sin encender luz alguna?

-Hija mía, yo te lo explicaré. Lo hacemos con prisas, a oscuras y sin hablar, porque ahora, los árboles están dormidos. Y tenemos que coger la fruta sin despertarlos. De modo que cierra la boquita de piñón y date brío.

Y vigila a la abuela, que esta mujer siempre se aleja demasiado y nos va a dar un disgusto.

La abuela Gertrudis también nos ayudaba con la cosecha, a pesar de los noventa años. Ella era la encargada de bajar las ramas con el mango del bastón, para que mi hermano y yo pudiéramos llegar. Pero había que ir con cuidado, porque estaba medio coja, medio ciega y medio sorda. Y, a menudo, resbalaba y caía por alguna acequia. Entonces, tocaba levantarla entre todos: mi padre y mi madre, de los brazos; mi hermano, del culo; y yo, de la espalda. Y empujar y empujar con fuerza para sacarla del agujero. Pero no os preocupéis, era una mujer muy fuerte. Se quedaba un poco



aturdida y la dejábamos descansar apoyada contra el tronco de algún árbol, mientras Simba le lamía la cara. Al rato, ya estaba recuperada y bajándonos las ramas con el bastón.

A veces, a pesar de nuestro mutismo, nos descubrían. Veíamos acercarse unos faros por la carretera o escuchábamos algún vozarrón a lo lejos. Normalmente, Simba, dotado de un oído excepcional, nos advertía. Entonces, papá ordenaba recoger:

–Ya hemos cosechado bastante por hoy, vámonos.

Y en un santiamén, cargábamos la furgoneta, nos embutíamos de un salto y abandonábamos el lugar traqueteando por los baches del camino y derrapando en las curvas. Una de aquellas noches, en las que nos descubrieron y tuvimos que huir, un coche nos persiguió. No sabíamos dónde estábamos, porque corríamos por carreteras secundarias, cuando no por caminos de grava o tierra que atravesaban extensiones de cultivo. Escuchamos una especie de disparos. Habría jurado que nos disparaban con un rifle de perdigones. Cuando se lo dije a mi padre, estalló en una sonora carcajada:

–¿Te has vuelto loca? Eso debe de ser la mascletá de las fiestas de algún pueblo.

Ante esta respuesta me tocaba callar. Mamá iba mirando por la ventana, cada vez más nerviosa:

-Todavía nos siguen, Joan.

-El amo de las narices se piensa que esto es una película de ladrones y serenos.

-Sigue por aquel cruce con las luces apagadas, a ver si lo perdemos.

Dicho y hecho. Apagamos las luces y nos metimos por un sendero. Aquel caminito empinado estaba lleno de hoyos y socavones, parecía que nos habíamos colado en una montaña rusa. Por culpa de la pendiente y el mal estado del camino, la pila de cajas se desmoronó y se produjo un aluvión monumental de melocotones y albaricoques dentro de la furgoneta. Fueron acumulándose al final, donde teníamos atada a la abuela. Cuando nos quisimos dar cuenta, estaba sepultada por un alud de fruta, moviendo los brazos y pidiendo auxilio.

La cuesta parecía no tener fin. Afortunadamente, habíamos perdido a nuestros perseguidores. Nos adentrábamos por un camino de montaña, flanqueado de abetos centenarios, de ramas caídas sobre la pista que golpeaban el techo y los cristales de la ventana como si nos quisieran atrapar de un manotazo. Más allá de los abetos no se veía nada, excepto la oscuridad y las sombras impenetrables de un bosque:

-Mira, Joan, eso parece una casa de campo.

–Sí, no tiene luces. Por el aspecto, diría que está abandonada. Mira tú por dónde, ya tenemos donde acampar esta noche.

Entramos en la plaza de la edificación. Se trataba, efectivamente, de una casa de campo. Se hallaba bastante bien conservada y, más que una casa de labradores, ostentaba un cierto aire aristocrático. Estaba formada por un edificio rectangular, custodiado por un soportal de columnas y tres torres, dos a los lados y una central. Aparcamos en medio del jardín, detrás de unos grandes arbustos que ocultaban el vehículo.

Bajamos más mareados que un pato. Al abrir las puertas de detrás, cayó la pila de fruta acumulada. Los gemidos y un pie blancuzco nos ayudaron a localizar a la abuela en medio del montón. Como aquella noche hacía bueno, decidimos sacar los colchones y repartirlos por el jardín. Lo atravesaba una red de sendas de piedra, sobra las cuales, tras pisar y retirar las malas hierbas, nos acomodamos. Estábamos tan hechos polvo que caímos baldados y muertos de sueño.





## 2. La casa de las tres torres

Al día siguiente, los primeros rayos de sol nos despertaron al alba. Nos despertamos y procedimos a preparar el almuerzo. Mamá nos calentó un poco de leche en una cocina portátil. Después, tras haber vuelto a cargar la fruta en las cajas, mis padres se fueron al mercado. Como el lugar parecía muy agradable y acogedor, decidimos que pasaríamos unos cuantos días acampados.

El no acompañar a mis padres respondía a la necesidad de acondicionar un poco el espacio para acampar. La abuela, mi hermano y yo limpiamos mejor el camino de piedras de malas hierbas, en el sector que pretendíamos ocupar. Descubrimos una glorieta cubierta, que segu-